

VI

FORCELLA.

Así como Chiaja es la calle de los extranjeros y de la aristocracia, y Toledo de los bazares y comercios, Forcella es la calle de los abogados y de los litigantes.

Esta calle se parece mucho por el gentío que la recorre, á la galería del Palacio de Justicia de París que se llama sala de los Pasos Perdidos, con la diferencia de que los abogados son allí mas locuaces todavía y los litigantes están mas estrujados.

Consiste en que los pleitos duran en Nápoles tres veces mas de tiempo que en París.

El día en que la atravesábamos, habia en ella un gentío inmenso; nos vimos obligados á apearnos de nuestro corricolo para continuar el camino á pie, é íbamos ya á con-

seguir atravesar por entre aquella multitud cuando se nos ocurrió preguntar la causa que la reunía: nos contestaron que habia pleito entre la cofradía de los Peregrinos y don Felipe Villani. Preguntamos cual era la causa del pleito: nos respondieron, que habiéndose hecho enterrar el demandado algunos dias antes á costa de la cofradía de los Peregrinos, acababa de ser citado para que presentase la prueba legal de que estaba muerto. Como se ve, era el proceso bastante original para atraer gran afluencia. Preguntamos á Francesco quien era aquel don Felipe de Villani. En aquel momento nos enseñó un individuo que pasaba muy de prisa.

— Vedle ahí, nos dijo.

— ¿El que han enterrado hace ocho dias?

— El mismo.

— ¿Cómo se comprende eso?

— Habrá resucitado.

— ¿Acaso es hechicero?

— Es el sobrino de Cagliostro.

En efecto, gracias á la auténtica genealogía que le enlaza á su ilustre abuelo, y á una serie de juegos de magia mas ó menos diabólicos, don Felipe habia llegado á acreditar en Nápoles el rumor de que era hechicero.

No le hacian justicia: don Felipe Villani era mas que un hechicero, era un tipo: don Felipe Villani era el Roberto Macaire napolitano. Solo que el diestro napolitano tiene una grande superioridad sobre el estafador francés; nuestro Roberto Macaire es un personaje ideal, una ficcion social, un mito filosófico, mientras que el Roberto Macaire ultramontano es un personaje de carne y hueso, una individualidad palpable, una exactitud visible.

Don Felipe es un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, de cabellos negros, de mirada ardiente, facciones movibles, voz áspera, gesticulación rápida y multiplicada; don Felipe ha aprendido de todo y de todo sabe algo; sabe

un poco de derecho, algo de medicina, de química, de matemáticas, de astronomía; lo cual hace que comparándose á todo lo que le rodea, se encuentra muy superior á la sociedad y por consecuencia ha resuelto vivir á espensas de la sociedad.

Don Felipe tenia veinte años cuando murió su padre : le dejaba precisamente bastante dinero para contraer algunas deudas. Don Felipe tuvo buen cuidado de tomar prestado antes de estar arruinado completamente, de modo, que sus primeras letras de cambio fueron pagadas escrupulosamente : se trataba de establecer su crédito. Pero todo tiene su fin en este mundo; llegó un día que don Felipe no se encontró en su casa en el momento del vencimiento; volvieron al día siguiente por la mañana y ya habia salido; volvieron á la noche y todavia no habia entrado. La letra de cambio se protestó. De lo que resultó que don Felipe se vió obligado á pasar de las manos de los banqueros á las de los que le habian de descontar, y en lugar de pagar el seis por ciento pagó el doce.

Al cabo de cuatro años, don Felipe agotó el recurso de acudir á los que le descontaban como antes habia agotado el de los banqueros; vióse, pues, obligado á pasar de las manos de aquellos á las de los usureros.

Este nuevo movimiento se verificó sin sacudida sensible, si se exceptua que en lugar de abonar el doce por ciento, don Felipe se vió obligado á pagar el cincuenta. Pero esto importaba muy poco á don Felipe, que comenzaba á no pagar nada. Por lo que pasados dos años don Felipe que tenia necesidad de una cantidad de mil escudos, tuvo gran dificultad en encontrar un judío que consintió en prestarle á ciento cincuenta por ciento. En fin, después de una multitud de negociaciones en las que don Felipe tuvo que poner en juego todos los recursos de inventiva que el cielo le habia dado, el descendiente de Isaác se presentó en casa de don Felipe con su letra de cambio cor-

riente; contenia la obligacion de una suma de nueve mil francos : el judío llevaba tres mil; nada habia que decir, era lo convenido.

Don Felipe tomó la letra de cambio, echó por encima una rápida ojeada, alargó con indiferencia la mano hácia la pluma, fingió que la mojaba en la tinta, consignó su aceptacion y su firma por bajo de la obligacion, echó sobre la tinta húmeda una capa de arenilla azul, y devolvió al judío la letra de cambio abierta.

El judío fijó sus ojos sobre el papel; la aceptacion y la firma estaban formadas de caracteres gruesos muy legibles; el judío inclinó pues, la cabeza, con aire satisfecho, dobló la letra de cambio y la guardó en una vieja cartera, donde debia permanecer hasta su vencimiento, habiendo cesado hacia mucho tiempo de tener curso en la plaza la firma de don Felipe.

Al vencimiento del billete, se presentó el judío en casa de don Felipe. Contra su costumbre don Felipe estaba en casa. Contra la esperanza del judío, estaba visible. El judío fué introducido.

— Señor, dijo el judío saludando profundamente á su deudor, espero que no habreis olvidado que vence nuestra pequeña letra.

— No, mi querido señor Felix, respondió don Felipe. El judío se llamaba Felix.

— En ese caso, dijo el judío, espero que habreis tenido la precaucion de encontraros prevenido.

— No he pensado en ello un solo instante.

— ¿Pero entonces ya sabeis que voy á perseguiros?

— Perseguidme.

— ¿Ignorais que la letra de cambio lleva consigo la pena de prision?

— Ya lo sé.

— Y á fin de que no aleguéis ignorancia, os prevengo que desde aqui voy á que os citen.

— Hacedlo.

El judío se marchó refunfuñando, é hizo citar á don Felipe á los ocho dias.

Don Felipe se presentó al tribunal.

El judío espuso demanda.

— Reconoceis la deuda? preguntó el juez.

— Yo solo no la reconozco, respondió don Felipe, sino que ni aun entiendo lo que ese señor quiere decir.

— Presentad vuestra prueba al tribunal, dijo el juez al demandante.

El judío sacó de su cartera la letra de cambio suscrita por don Felipe y la entregó doblada al juez.

El juez la desdobló; luego echándola una mirada :

— Sí, dijo, efectivamente es una letra de cambio, pero no veo ni que esté aceptada ni firmada.

— ¡Como! exclamó el judío palideciendo.

— Leed vos mismo, dijo el juez.

Y devolvió la letra de cambio al demandante.

Poco faltó para que el judío cayera de espaldas. La aceptación y la firma habian desaparecido efectivamente como por magia.

— ¡Infame ladrón! exclamó el judío volviéndose hácia don Felipe; tú me lo pagarás.

— Dispensad, mi querido señor Felix, os engañais; sois vos por el contrario, quien me lo pagará. En seguida, volviéndose hácia el juez :

— Escelencia, le dijo, os pedimos tomeis aeta de que acabamos de ser insultados en presencia del tribunal sin motivo alguno.

— Os la concedemos, dijo el juez.

Provisto de su testimonio, don Felipe demandó de calumnia é injuria al judío, y como el insulto habia sido público, no tardó en sentenciarse.

El judío fué sentenciado á tres meses de prisión y á pagar mil escudos de multa.

Espliquemos ahora el milagro.

En vez de mojar su pluma en el tintero, don Felipe la habia mojado pura y sencillamente en su boca y habia escrito con su saliva. Despues, sobre la escritura húmeda, habia echado polvos azules. Los polvos habian trazado las letras; pero una vez seca la saliva, los polvos se habian marchado y con ellos la aceptación y la firma.

Don Felipe ganó seis mil francos en aquel juego de manos, pero perdió con él el crédito que le quedaba, verdad es que el resto de su crédito no le hubiese producido probablemente los seis mil francos.

Pero por mucho que se economicen mil escudos, no pueden durar eternamente; por otra parte, don Felipe tenia gran fé en su genio para no llevar la economía hasta la avaricia. Intentó negociar un nuevo préstamo, pero habia hecho tanto ruido el negocio del pobre Félix, y aunque nadie tenia lástima al judío, todos espermentaban una repugnancia marcada á tratar con un escamotador bastante hábil para borrar su firma despues de estar en el bolsillo de su acreedor.

En esto llegaron los primeros dias de Abril. El 4 de Mayo es la época de las mudanzas de habitacion en Nápoles: don Felipe debia dos meses al propietario, el cual le notificó que si no pagaba aquellos dos meses en las veinte y cuatro horas, iba ante todo presentándose ante el juez, á prepararse para echarle al finalizar el tercero.

Llegó tambien el tercero, y como don Felipe no pagó, se apoderaron y le vendieron sus muebles, á escepcion de su cama y de la de una anciana criada de la familia que no habia querido abandonarle y que participaba de todas las vicisitudes de su fortuna. La vispera del dia en que debia salir de la casa, se puso en busca de otra habitacion. No era cosa fácil de hallar; don Felipe comenzaba á ser muy conocido en las calles de Nápoles. Desesperando, pues de encontrar un propietario con quien tratar como

amigo, resolvió hacer su negocio por fuerza ó por sorpresa.

Sabia de una casa que su dueño, viejo avaro, dejaba arruinarse antes que hacer reparos en ella. En otro tiempo le hubiese parecido demasiado indigna de él aquella casa; pero don Felipe habia dejado de ser escrupuloso con la fortuna adversa. Se aseguró durante el día de que la casa no estaba habitada, y cuando llegó la noche, hizo su mudanza con su anciana sirvienta, llevando cada uno su cama, y se encaminó hácia su nuevo domicilio. La puerta estaba cerrada, pero una ventana abierta, se coló por la ventana, fué á abrir la puerta á su acompañante, escogió la mejor habitacion, invitó á su doméstica á que eligiese otra en seguida, y una hora despues los dos estaban instalados.

Algunos dias despues, visitando el viejo avaro su casa, la encontró habitada. Era esto una buena fortuna para él; hacia dos ó tres años se hallaba en tal estado de deterioro, que no podia alquilarla á nadie; se retiró, pues, sin decir nada, solo si hizo constar la ocupacion por medio de dos vecinos.

El día en que vencia el primer mes, se presentó don Bernardo con el testimonio en la mano, y despues de muchas reverencias:

— Señor, le dijo, vengo á reclamar la suma que voluntariamente ha querido vd., deberme, dándome la agradable sorpresa de venir á habitar mi casa sin prevenírmelo.

— Querido mio, estimable amigo, le respondió don Felipe apretándole la mano con efusion, informaos en todas partes donde he vivido si he pagado alguna vez el alquiler, y si encontrais en todo Nápoles un propietario que os responda afirmativamente, consiento en daros el doble de lo que pretendéis os debo, tan cierto como que me llamo don Felipe Villani.

Don Felipe se hacia el jactancioso, pero hay momentos

en que es preciso saber mentir para intimidar al enemigo.

Al oír aquel nombre temido, palideció el propietario. Hasta entonces habia ignorado á que ilustre personaje tenia el honor de alojar en su casa. Los rumores de nigromancia que habian circulado respecto á don Felipe, se presentaban á su imaginacion, y no solo se creyó arruinado por haber albergado á un inquilino insolvente, sino tambien condenado por haber estado en contacto con un hechicero.

Don Bernardo se retiró para reflexionar sobre la resolucion que debia tomar. Si hubiese sido el diablo Cojuelo, hubiese levantado el techo; no era mas que un pobre diablo, y se decidió á dejarle caer, lo que por otra parte no podia ocasionar mucha tardanza, visto el estado de deterioro de la casa. Era precisamente en la estacion de las lluvias, y cuando llueve en Nápoles, sabido es con qué liberalidad concede el Señor el agua: el propietario se presentó de nuevo en los umbrales de la casa.

A la manera que nuestros primeros padres perseguidos por la venganza de Dios, de la que intentaban librarse, don Felipe se habia retirado de habitacion en habitacion ante aquel diluvio. El propietario creyó, pues, al principio que habia tomado el partido de levantar el campo, pero su ilusion fué pasajera. Bien pronto, guiado por la voz de su inquilino, penetró en un pequeño gabinete algo mas impermeable que lo demas de la casa, y le encontró sobre su cama teniendo en una mano su paraguas abierto, y en la otra un libro, y declamando desaforadamente los versos de Horacio: *Impavidum ferient ruinae*.

El propietario se detuvo un instante inmóvil y mudo, ante la entusiasta imaginacion de su huésped, hasta que por fin recuperando el uso de la palabra:

— No quereis, pues, iros de aquí? preguntó desanimado y con una voz consternada.

— Escuchadme, escelente amigo, escuchadme, mi digno

casero, dijo don Felipe cerrando su libro. Para espulsarme de aquí es preciso armarme un litigio, esto es evidente: no tenemos hecho recibo de inquilinato, y tengo la posesión del local. Así, pues, yo me dejaré sentenciar en rebeldía, un mes; apelaré de la nulidad de la sentencia, otro mes; me citareis segunda vez, tercer mes; vuelvo á apelar, cuarto mes; obtendréis una segunda sentencia, quinto mes; recurriré á la casacion, sexto mes. Ya veis que prolongando lo menos posible el asunto, porque he calculado el minimum, siempre es un año perdido, mas las costas.

— ¡Cómo los gastos! exclamó el propietario; sois vos quién será condenado á las costas.

— Sin duda yo seré condenado á las costas, pero sois vos quién las pagará, puesto que yo no tengo un cuarto, y como vos sereis el demandante, os vereis obligado á hacer los adelantos indispensables.

— ¡Ay! ¡es mucha verdad! murmuró el pobre propietario exhalando un profundo suspiro.

— Es un negocio de seiscientos ducados, dijo don Felipe.

— Sobre poco mas ó menos, respondió el propietario que habia calculado rápidamente los derechos de jueces, abogado y escribanos.

— ¡Pues bien! hagamos otra cosa mejor que eso, mi excelente casero, transijamos.

— No deseo otra cosa, veamos.

— Dadme la mitad de la cantidad, y salgo al instante por mi propia voluntad, me retiro amigablemente.

— ¡Como! que os dé trescientos ducados para salir de mi casa, cuando sois vos quien me debeis dos meses!

— La rebaja de esa cuenta será el finiquito.

— ¡Pero eso es imposible!

— Está bien. Lo que yo hacia era por haceros favor.

— ¡Por hacerme favor, desventurado!

— Nada de palabras fuertes, mi señor casero, ya sabeis que eso no le salió bien al papá Felix.

— ¡Pues bien! dijo el avaro, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, ¡pues bien! daré la mitad.

— Trescientos ducados, dijo don Felipe, ni un ochavo mas ni menos.

— ¡Jamás! exclamó el propietario.

— Tened cuidado que acaso cuando volvais no querré ya por ese precio.

— ¡Pues bien! arrostraré un pleito aunque me debiera costar seiscientos ducados!

— Arrostradlo, hombre excelente, arrostradlo.

— ¡Adios; mañana recibireis un papel sellado.

— Yo lo espero.

— ¡Id al diablo!

— Tendré mucho gusto en volveros á ver.

Y mientras que don Bernardo se retiraba furioso don Felipe volvía á tomar su oda de *Justum et tenacem...*

Pasóse el día siguiente, y el otro, y la semana pasó, y don Felipe, como habia pensado, vió que nadie se presentó á notificarle; lejos de eso, al cabo de quince días, fué el propietario quien volvió tan bondadoso y lleno de dulzura esta vez como amenazador y terrible se habia mostrado al marcharse la anterior.

— Mi querido inquilino, le dijo, sois un hombre tan persuasivo que es preciso pasar por lo que quereis: aqui teneis los trescientos ducados que habeis exigido; espero que cumplireis vuestra promesa. Me habeis prometido, si os traia trescientos ducados, marcharos al instante y amigablemente.

— Si me lo dáis en el mismo dia, pero os dije que si lo dilatábais seria doble. Pagadme seiscientos ducados, querido, y me retiro.

— ¡Pero eso es una ruina. ¡Jamás!

— A vuestra próxima visita serán mil doscientos.

— ¡Pues bien! cuatrocientos cincuenta.

— Seiscientos, señor casero, seiscientos. Y pensad que si mañana no habeis respondido á milord Blumfild, milord Blumfild compra la casa de vuestro digno colega el papá Felix.

— Vamos, dijo el propietario, sacando una pluma y un papel de su bolsillo, hacedme vuestra obligacion; aunque se dice que vuestra obligacion y nada es una misma cosa.

— ¡Como! ¡mi obligacion! ¿será mi finiquito lo que quereis decir?

— Sea vuestro finiquito, y no hablemos mas, firmad. He aquí vuestro dinero.

— He aquí vuestro saldo.

— Ahora, dijo el propietario mostrándole la puerta.

— Es muy justo, respondió don Felipe disponiéndose á marchar.....

— ¿Pero y vuestra criada?

— ¡María! gritó don Felipe.

La anciana criada apareció.

— María, hija mía, nos mudamos, dijo don Felipe; tomad mi paraguas: despedios de vuestro digno casero y seguidme.

María tomó el paraguas, hizo una reverencia al propietario, y siguió á su amo.

Al dia siguiente el propietario estuvo esperando la visita de milord Blumfild; esperó el dia inmediato y por último toda la semana: milord Blumfild no pareció. El pobre propietario recorrió todas las fondas de Nápoles; no se conocía en ellas á ningun ingles de aquel nombre. Unicamente, una noche, yendo por casualidad á los Forentini, vió don Bernardo á un actor que se parecia á su invisible milord como dos gotas de agua; se informó en la administracion y supo que el homónimo de sir Blumfild representaba magníficamente los papeles de inglés. Preguntó si por casualidad aquel artista estaba unido con don Felipe Vi-

lani, y supo que no solo eran intimos amigos, sino que el artista no podia negar nada, al caballero de industria, escribiendo este artículos landatorios del artista en el *Salon Sábio*, único periódico literario que existia en la ciudad de Nápoles.

Gracias á aquel golpe de fortuna, don Felipe consiguió encontrar una habitacion decente, de la que pagó el primer mes adelantado para quitar todo motivo de desconfianza al propietario. Además, hizo la compra de algunos muebles de absoluta necesidad.

Sin embargo, seiscientos ducados en las manos de un hombre que tiene asegurado el porvenir de una manera tan cierta, no debian durar mucho; pero, la exactitud de sus pagos le habia vuelto algun crédito, y cuando sus seiscientos ducados se consumieron, encontró medio, por una letra de cambio, de tomar prestados otros ciento cincuenta.

Gastáronse como los primeros estos otros ciento cincuenta; los ducados desaparecieron; la letra de cambio quedó. No hay mas que dos cosas que jamás se pierden: un beneficio y una letra de cambio.

Todo pagaré tiene un plazo; el vencimiento de la letra de don Felipe llegó, tras el vencimiento el acreedor, tras el acreedor el alguacil; y por último, á todo esto debia seguir á los dos dias el embargo.

Por la noche don Felipe volvió cargado de porcelanas antiguas de la mas hermosa china y del japon mas magnífico; solo que la porcelana estaba rota. Es verdad, que como dice Jocrise, no había ni uno de aquellos pedazos que hubiera roto él.

Al punto, con la ayuda de la anciana criada, colocó un armario arrimado á la puerta de la escalera, y en el armario colocó toda su porcelana; en seguida se acostó y esperó los acontecimientos.

Fáciles eran de preveer los acontecimientos: al dia si-

guiente á las ocho de la mañana, llamó á la puerta el alguacil, y nadie respondió; llamó segunda vez el alguacil; el mismo silencio; por tercera, nada.

El alguacil se retiró y fué á pedir la asistencia de un comisario de policía, y la ayuda de un cerrajero, luego volvieron los tres al tramo de la habitación de don Felipe. El alguacil llamó tan inútilmente como la primera vez; el comisario autorizó al cerrajero para abrir la puerta, el cerrajero introdujo la ganzúa en la cerradura el pestillo cedió. Algo sin embargo, se oponía todavía á poder abrir la puerta.

— ¿Será preciso empujar? dijo el alguacil.

— Empujad, dijo el comisario. El cerrajero empujó.

En el mismo instante se oyó un ruido semejante al que haría al caer un escaparate de un comerciante de loza, en seguida resonaron grandes clamores:

— ¡Auxilio! ¡socorro! ¡que me saquean! ¡que me asesinan! ¡soy hombre perdido! ¡estoy arruinado! gritaban.

Entró el comisario, el alguacil seguía al comisario y el cerrajero el alguacil: se encontraban ante una multitud de despojos; el armario estaba por el suelo, la porcelana hecha pedazos; aquella desgracia había sucedido por su causa, y si en rigor y legalmente no estaban obligados á responder de ello en conciencia eran culpables.

Su comprometida situación se aumentó todavía mas, con la desesperación de don Felipe.

Concíbese que en aquel momento ya no se trató de embargo. ¿Cómo embargar por la miserable suma de ciento cincuenta ducados, los muebles de un hombre en cuya casa acababan de romper por valor de dos mil escudos de porcelana?

El comisario y el alguacil pensaron consolar á don Felipe. pero don Felipe estaba inconsolable, no precisamente por el valor de la porcelana, que otras pérdidas

había sufrido y de mas consideración que aquella; don Felipe no era mas que depositario: el dueño que era un aficionado á curiosidades, iba á presentarse á reclamar su depósito; don Felipe no podía entregársele; estaba, pues, deshonrado.

El comisario y el alguacil escotaron. Divulgándose el hecho podía perjudicarlos grandemente; la ley concede á sus agentes el derecho de embargar los muebles, pero no el de romperlos. Ofrecieron á don Felipe una cantidad de trescientos ducados á título de indemnización, é interponer su influencia para con el acreedor á fin de que concediese un mes de plazo respecto al pago de su letra de cambio. Don Felipe por su parte se mostró generoso y magnánimo con el alguacil y el comisario; el verdadero dolor no es calculista, accedió á todo sin discutir nada; el comisario y el alguacil se retiraron destrozado su corazón al ver aquella desesperación.

El plazo concedido á don Felipe pasó sin que, como se presumirá, hubiese pensado el deudor en dar un cuarto á cuenta. Resultó de aquí que una mañana don Felipe, mirando atentamente por la ventana lo que pasaba en la calle, precaución que tomaba siempre que tenía delante la perspectiva del arresto, vió su casa cercada por dependientes del tribunal de Comercio. Don Felipe era filósofo; resolvió pasar el día meditando sobre las vicisitudes humanas, y no salir en adelante mas que de noche. Por otra parte era pleno estío, ¿y quién es el que en el rigor del calor sale durante el día por las calles de Nápoles, á no ser los perros y los corchetes? Pasáronse pues, ocho días durante los que los corchetes hicieron rigurosa, pero inútil centinela.

Al noveno día, se levantó don Felipe como de costumbre á las nueve de la mañana; don Felipe se había hecho muy perezoso desde que no salía. Miró por la ventana; la calle estaba tibre: ¡ni un agente! Don Felipe conocía demasiado

la actividad del enemigo con quien tenia que habérselas para creerse de ese modo el día menos pensado y sin motivo, libre de él; ó sus perseguidores están ocultos para hacer creer su ausencia, y caer sobre él en el momento en que ávido de aire y de sol salga á respirar, y el medio seria miserable é indigno de ellos, y de él, ó han ido á casa del presidente del tribunal para obtener una orden para arrestarle en su domicilio. Apenas aquella idea pasó por la imaginacion de don Felipe, la reconoció como acertada con la sagacidad del genio, y se fijó en ella con la persistencia del instinto. Al fin el peligro es ya digno de él, trátase de hacerle frente.

Don Felipe era uno de esos generales hábiles que no arriesgan una batalla sino cuando están seguros de ganarla, pero que en la ocasion, saben contemporizar como Fabio ó astuto como Annibal. Esta vez no se trataba de combatir, se trataba de huir; esta vez se trataba de acogerse á una iglesia, siendo las iglesias de Nápoles lugar de asilo para los ladrones, los asesinos, los parricidas, y aun para los deudores.

Pero ampararse á una iglesia no era cosa fácil. La iglesia mas próxima estaba lo menos seiscientos pasos distante. Existe, como hemos, dicho, un libro intitulado: *Nápoles sin sol*; pero no existe uno que se intitule: *Nápoles sin corchetes*.

De repente una idea sublime pasó por su cabeza. La vispera ha dejado á su anciana doméstica un poco indispueta, entra en su habitacion, la encuentra en la cama se aproxima á ella y la toma el pulso.

— Maria, la dijo moviendo la cabeza, mi pobre Maria ¿con que estamos peor que ayer?

— No, esclencia, al contrario, respondió la anciana, me siento mucho mejor y voy á levantarme.

— Guardaos bien de ello. mi buena Maria ¿Guardaos

bien de ello! no os lo consentiré. El pulso está lleno, lento y fuerte, hay plétora.

— ¡Cómo! ¡Dios mio! Señor, ¿qué enfermedad es esa?

— Es una obstruccion de los vasos que conducen la sangre venosa á las estremidades y de las que vuelven la sangre arterial al corazon.

— ¿Y es peligrosa, esclencia?

— Mi pobre Maria, todo es peligroso para el filósofo; pero para el cristiano todo es agradable; la misma muerte que para el filósofo es un motivo de terror, es para el cristiano un objeto de alegría, el filósofo pretende huir, el cristiano se apresura á prepararse á ella.

— Señor, ¿quereis decirme que ha llegado la hora de pensar en la salvacion de mi alma?

— Siempre es preciso pensar en ello, mi esclente Maria, es el medio de que no nos sorprenda.

— Y qué, será tiempo de que yo me preparé?

— No, no, ciertamente; no estais en ese caso; pero en vuestro lugar, mi buena Maria, no dejaria de enviar á buscar el viático.

— ¡Ah! ¡Dios! mio! ¡Dios mio!

— ¡Vamos, vamos, valor! si no lo haces por tí, hazlo por mi, Maria, estoy muy alarmado, muy inquieto, no me tranquilizaria, ¿te lo aseguro!

— ¡Ah! en efecto, me siento muy mala.

— ¡Ya lo ves!

— No sé si será tiempo todavía.

— Sin duda, anda aprisa.

— ¡Oh! ¡el viático! ¡el viático! mi querido amo.

— Al instante mismo, buena Maria.

El muchacho del portero fué enviado á la parroquia, y diez minutos despues, se oyó la campanilla del sacristán: don Felipe respiró.

La anciana Maria hizo sus últimos actos de devocion con una fé y una humildad que edificó á todos los circuns-

tantes; luego, hechas sus oraciones, su compasivo amo, que la habia dado tan buen consejo y que no la habia abandonado durante todo el tiempo que habia estado ejecutándolo, cogia una vara del palio para acompañar al Santísimo de vuelta á la iglesia.

A la puerta encontró á los agentes de comercio que con su órden en la mano, iban á arrestarle en su domicilio. Al aspecto del Santísimo Sacramento, cayeron de rodillas y vieron pasar primero al sacristan tocando su campanilla, luego dos lazzaroni vestidos de ángeles, despues los dependientes de la iglesia, que iban de dos en dos con una vela en la mano, detrás el sacerdote que llevaba el Santísimo Sacramento, y por último el deudor que se les escapaba y que pasaba por delante de ellos cantando desafortadamente el *Te Deum laudemus*.

Así que llegó á la iglesia, y encontrándose por consecuencia en lugar seguro, escribió á la buena María que estaba tan enfermo como ella, y que fuese á reunirsele lo mas pronto posible.

Una hora despues estaba reunida aquella digna pareja.

El acreedor encontró cuatro sillas, un armario y cuatro canastillos de porcelana rota: todo fué vendido á pregon por la suma de diez carlinos.

Don Felipe no tenia necesidad de muebles; por el momento habia encontrado un alojamiento provisto. Su amigo el artista que imitaba tan admirablemente á los ingleses se habia vuelto de repente millonario, por uno de esos caprichos de la fortuna tan increíble como bienvenido. Un inglés inmensamente rico, y que habia abandonado la Inglaterra atacado de esplin, habia ido á Nápoles como van allí todos los ingleses; habia ido á Polichinela y no se habia reido, habia ido á oír los sermones de los capuchinos, y no habia reido; habia asistido al milagro de San Genaro, y no habia reido. Su médico le consideraba como hombre perdido.

Un dia se le ocurrió ir á los Fiorentini, representábase

allí una traduccion de los *Tipos ingleses para escitar la risa*, del *ilustrisimo* signore Scribe. En Italia todo es Scribe. He visto representar *Marino Faliero*, de Scribe; *Lucrecia Borgia*, de Scribe; *Antony*, de Scribe; y cuando marché se anunciaba. *El campunero de San Pablo*, de Scribe.

El enfermo fué, pues, á ver los *Tipos ingleses para escitar la risa*, de Scribe, y al ver á Lelio que representaba una de las damas (Lelio era el amigo de don Felipe) nuestro ingés habia reido tanto, que su médico habia temido por un momento que, como Bobèche, tuviese dañado el bazo.

Al dia siguiente volvió á los Fiorentini; representábase *Los dos ingleses*, de Scribe; y el enfermo del bazo habia reido mas que la vispera.

Al otro dia, el convaleciente no dejó de aprovecharse de un remedio que tan bien le sentaba: habia vuelto por tercera vez á los Fiorentini; habia visto *El Regañon*, de Scribe; y habia reido mas que los dias precedentes.

Resultó que el inglés, que ya no comia, que no bebia, habia recobrado poco á poco el apetito y la sed, y hasta tal punto, que al cabo de tres meses de estancia con Lelio, sufrió una indigestion de macarroni y de moscatel calabrés, que le condujo alegremente á la tumba á la noche siguiente. Por cuyo fin, lleno de reconocimiento por quien tenia derecho á él, el digno insular habia dejado tres mil libras esterlinas de renta á Lelio, que le habia curado. Lelio, como hemos dicho se encontraba, pues, millonario. En consecuencia, se habia retirado del teatro, se llamaba don Lelio, y habia alquilado el primer piso del palacio mas hermoso de la calle de Toledo, donde, fiel á la amistad, se habia apresurado á ofrecer una habitacion á don Felipe Villani. Esta oferta, hecha precisamente la vispera, era á la que se debia que don Felipe se mostrase tan indiferente por lo que hace á la pérdida de sus muebles.

Pasóse un año próximamente sin oír hablar nada de don

Felipe Villani. Unos decían que había pasado á Francia, donde se había hecho empresario de caminos de hierro: otros que había pasado á Inglaterra, donde había inventado un nuevo gas.

Pero nadie podía decir positivamente lo que había sido de don Felipe Villani, cuando, el 15 de Noviembre de 1832, recibió la congregación de peregrinos el aviso siguiente:

«Habiendo fallecido de esplen el señor don Felipe Villani, se suplica á la venerable cofradía de los peregrinos, dé las órdenes mas oportunas para sus exequias.»

Para que nuestros lectores comprendan la significación de esta invitación, bueno será les digamos algunas palabras del modo como se hace en Nápoles el servicio de las honras fúnebres.

Una antigua costumbre exige que los muertos sean enterrados en las iglesias: esto es malsano, esto desarrolla las fiebras pútridas y el cólera; pero no importa, es la costumbre, y de un extremo á otro de Italia, todo el mundo se inclina ante esta palabra.

Los nobles tenían capillas hereditarias enriquecidas con mármoles y oro, adornadas con cuadros del Dominicano, de Andrés de Sarto y de Ribera.

Al pueblo se le arroja y mezcla hombres y mujeres, ancianos y niños, en la fosa común, en medio de la nave mayor de la iglesia.

Los pobres son trasportados por dos saltatumbas, en una carreta al campo santo.

Esta es la mas terrible desgracia, el último de los envilecimientos, el mas cruel de los castigos que pueden atormentar á aquellos desgraciados que han luchado con la miseria toda su vida y que no sienten el peso de ella sino despues de su muerte. Así que todos toman en vida sus precauciones para librarse de los saltatumbas, la carreta

y el campo santo. De ahí las asociaciones para las exequias fúnebres entre ciudadanos; de ahí los seguros mutuos, no sobre la vida, sino sobre la muerte.

He aquí las formalidades generales de recepción para ser admitido en una de las cincuenta sociedades mortuorias de la alegre ciudad de Nápoles. Uno de los miembros de la sociedad presenta al neófito, que es elegido *hermano* por los votos de un escrutinio secreto: desde aquel momento, siempre que quiere entregarse á alguna práctica religiosa, va á la iglesia de su cofradía; esta es su parroquia adoptiva; debe, mediante una retribución ligera mensual, darle la comunión, administrarle la confirmación, casarle, darle la Extremaunción durante su vida, y en fin, enterarle despues de su muerte. Todo gratis y con magnificencia.

Si, por el contrario, se ha abandonado aquella formalidad, no solo está uno obligado á pagar sumamente caros todos los actos religiosos que se ejecutan en vida, sino que los parientes se ven obligados á hacer gastos fabulosos para llegar á aquella magnificencia de funerales que es el grande orgullo del napolitano, sea de la clase que quiera, y en cualquier grado de fé con que practique su religión.

Pero si el difunto forma parte de alguna cofradía, ya es otra cosa: los parientes no tienen que ocuparse de nada mas que de llorar mas ó menos al muerto: todas las molestias, todos los gastos, toda la ostentación, pertenecen á los cofrades. El difunto es trasportado con pompa á la iglesia. Se le deposita en un nicho particular, en el que se inscribe su nombre, el dia de su nacimiento y el de su muerte, y luego se ponen ademas dos renglones de virtudes, á elección de los parientes.

En fin, durante un año entero, se celebra todos los dias una misa por el reposo de su alma. Y no es esto todo: el 2 de Noviembre, dia de la Conmemoración de los difuntos,

se abren al público las catacumbas de cada cofradía; los átrios se cuelgan de terciopelo negro; flores y perfumes embalsaman la atmósfera, y las bóvedas mortuorias se iluminan como el teatro de San Carlos los días de gran gala. Entonces ponen derechos los esqueletos de los hermanos que han muerto durante el año, les ponen sus vestidos, los colocan religiosamente en nichos preparados á este efecto todo alrededor del salón: luego reciben las visitas de sus parientes, que orgullosos de estos, llegan á sus amigos y conocidos para hacerles ver la manera conveniente como son tratados despues de su muerte las gentes de su familia. Despues de lo que, se les entierra definitivamente en un jardín plantado de naranjos, que se llama *Terra Santa*.

Todas las corporaciones fúnebres tienen rentas, derechos, privilegios muy respetados, están gobernadas por un prior elegido todos los años entre los cofrades. Hay cofradías para todas las órdenes y todas las clases: para los nobles y para los magistrados, para los comerciantes y para los menestrales.

Una sola, la cofradía de los peregrinos, que es una de las mas antiguas, admite, con una igualdad que hace honor á la manera como ha conservado el espíritu de la primitiva Iglesia, los nobles y plebeyos. En ella no existe el menor privilegio que diferencie á nadie. Todos se sientan en los mismos bancos, todos están cubiertos con el mismo traje, todos obedecen á las mismas leyes; y el espíritu republicano de la institución es llevado á tal punto, que el prior es elegido un año entre los nobles, otro año entre los plebeyos, y desde que existe la cofradía no se ha invertido una sola vez este orden.

De esta honorable cofradía es de la que formaba parte don Felipe Villani; y hasta tal punto habia conocido la importancia de permanecer miembro de ella, que por mas que hubiese sido precipitado por la rueda de la fortuna,

siempre habia satisfecho piadosa y escrupulosamente, su parte del dividendo anual y general.

Causó, pues, sentimiento pero no sorpresa, cuando se recibió en la administración de la cofradía el aviso de la defunción de don Felipe, y la invitación de preparar sus exequias.

La elección de la mayoría habia recaído aquel año en un célebre comerciante de bacalao que gozaba de una reputación de piedad que hubiese sido notable en cualquiera época, y que en nuestros días era prodigiosa. Este fué quien en su cualidad de prior tuvo que dar las órdenes necesarias para el entierro de don Felipe Villani: envió, pues, sus altareros al número 15 de la calle de Toledo, último domicilio del difunto, para colgar el cuarto mortuorio, convocó á todos los cofrades é invitó al capellán á que estuviera dispuesto. Veinte y cuatro horas despues del fallecimiento, término exigido por los reglamentos de policía urbana, se encaminó la comitiva hácia la casa de don Felipe. Un conde, elegido entre la mas antigua nobleza de Nápoles, llevaba el gonfalon (estandarte) de la cofradía; luego los cofrades, colocados de dos en dos en fila y vestidos de penitentes con hábitos rojos, precedían á una caja mortuoria de plata maciza ricamente esculpida y cincelada, que estaba cubierta de un magnífico paño de tumba de terciopelo rojo, bordado y con franjas de oro, y la cual sostenían doce vigorosos mandaderos. Detrás de la caja iba el prior solo y llevando en la mano el baston de ébano con puño de marfil, insignia de su cargo; en fin, detrás del prior iba, para cerrar la comitiva, el respetable cuerpo de pobres de San Genaro.

Perdónese me esta nueva digresión, pero como caminamos por un terreno casi desconocido para nuestros lectores, vamos á explicarles primero lo que son los pobres de San Genaro, y en seguida volveremos á tomar el hilo

de esta interesante narracion en el mismo sitio en que la hemos interrumpido.

En Nápoles, cuando los criados son ya demasiado viejos para servir á los amos vivos, á quienes por lo general se les sirve dificilmente, cambian de condicion y pasan al servicio de San Genaro, el mejor amo que ha existido. Estos son los inválidos de la clase doméstica.

Desde que un criado ha llegado á la ancianidad ó al grado de valetudinario exigido para ser recibido pobre de San Genaro, y ha recibido su diploma firmado por el tesorero del santo, ya no tiene que ocuparse de nada mas que de suplicar al cielo le envíe el mayor número posible de entierros.

En efecto, no hay entierro un poco notable sin los pobres de San Genaro. Todo muerto que se respete en algo, debe llevarlos entre su acompañamiento. Se les avisa á domicilio, van á la casa mortuoria, reciben tres carlinos por cabeza y acompañan el cuerpo á la iglesia y al lugar de la sepultura, llevando en la mano derecha una bandera negra flotando al extremo del asta de una lanza. Mientras acompañan al féretro, el mas grande respeto merecen los pobres de San Genaro; pero como no hay medalla por mas bien dorada que esté que no tenga su reverso, apenas los desgraciados impedidos dejan de estar bajo la proteccion del féretro, pierden el prestigio que los defendia y se convierten pura y simplemente en los *lanceros de la muerte*. Entonces se ven silbados, escupidos, perseguidos y vueltos á llevar á domicilio acompañados de disparos de cáscaras de limon y tronchos de berzas, á no ser que felizmente pase entre ellos y los agresores un perro con una sarten atada á la cola. Se sabe que en todos los paises del mundo, una sarten y un perro unidos por un bramante constituyen un grave acontecimiento.

El porta estandarle, los cofrades, la caja funeraria, los mandaderos, el comerciante de bacalao y los pobres de San

Genaro, llegaron, pues, ante el número 15 de la calle de Toledo; allí, como la comitiva habia llegado á su destino, se detuvo. Cuatro mozos subieron al piso principal, cogieron el ataúd colocado sobre dos banquillos, le bajaron y le depositaron en la caja de plata; al punto el prior dió un golpe en el suelo con su baston, y el fúnebre convoy, tomando la ruta que habia llevado al ir, volvió á entrar lentamente en la iglesia de los peregrinos.

El dia siguiente al de las exequias, el prior, segun sus costumbres ciudadanas, que le tenian todo el dia tras su mostrador, salia al anochecer para ir á dar su vueltecita por el muelle, recitando mentalmente un *De profundis* por el alma de don Felipe Villani, cuando al volver de la calle de San Giacomo, vió salirle al encuentro un hombre que le pareció tenia una semejanza tan maravillosa con el difunto, que se detuvo estupefacto. El hombre continuaba avanzando, y á medida que avanzaba, la semejanza era mas y mas notable. En fin, cuando aquel hombre no estuvo mas que á diez pasos de distancia, desapareció toda duda; era la sombra del mismo señor Villani.

La sombra, sin apercibirse al parecer del efecto que producía, avanzó derecha hácia el prior. El pobre comerciante de abadejo habia quedado sin movimiento; pero el sudor corria por su frente, sus rodillas se chocaban, sus dientes estaban apretados por una contraccion convulsiva; no podia ni adelantar ni retroceder: trató de pedir socorro, pero á la manera que Eneas ante la tumba de Polidoro, sentia su voz espirar en su garganta, y un sonido sordo é inarticulado que parecia al estertor de la agonía se escapaba tan solo por ella.

— Buenos dias, mi estimado prior, dijo la fantasma sonriendo.

— *In nomine Patris et Filii et Spiritu Sancti*, murmuró el prior.

— ¡*Amen!* respondió la fantasma.

— ¡Vade retro, Satanás! exclamó el prior.

— ¿A quién os dirigís, querido? le preguntó la fantasma mirando en derredor, como si buscara el objeto que podía causar el terror de que parecía sobrecogido el pobre comerciante de bacalao.

— ¡Vete de aquí, alma bienaventurada! continuó el prior, y te prometo que mandaré decir dos misas por tu descanso.

— Yo no tengo necesidad de vuestras misas, dijo la fantasma; pero si queréis darme el dinero que pensais dedicar á esa buena obra, me vendrá perfectamente.

— Efectivamente es él, dijo el prior; vuelve del otro mundo para pedir prestado. ¡Seguramente es el mismo!

— ¿Y quién es él? preguntó la fantasma?

— Don Felipe Villani.

— ¡Pardiez! ¿y quién queréis que sea?

— Perdonad, mi querido cofrade, replicó el prior temblando. ¿Puedo preguntaros sin indiscrecion dónde vivís, ó mas bien dónde viviais?

— Calle de Toledo, número 15. ¿Por qué me haceis esa pregunta?

— Es que nos han comunicado por escrito hace tres dias, que habiais muerto. Fuimos á vuestra casa, pusimos vuestro ataúd en el carro mortuorio, os condujimos á la iglesia, y os hemos enterrado.

— ¡Gracias por tanta deferencia! dijo Felipe.

Y dando al buen prior un golpecito amistoso en la espalda, don Felipe continuó su camino. El prior permaneció diez minutos en el mismo sitio, viendo alejarse á don Felipe, que desapareció por una esquina de la calle de Toledo. La primera idea del buen prior fué, que Dios había hecho un milagro en favor de don Felipe; pero reflexionándolo bien, la eleccion hecha por Nuestro Señor le pareció tan estraña, que convocó aquella misma noche la cofradía para esponerla sus dudas. Convocada la cofradía, el digno

comerciante de bacalao refirió lo que le habia sucedido, cómo habia encontrado á don Felipe, como este le habia hablado, y como, en fin, al separarse de él, le habia anunciado, á la manera que Jesucristo á la Magdalena, que habia resucitado al tercer dia.

De diez personas de que se componia la junta, nueve parecia que estaban dispuestas á creer un milagro: solo hubo uno que movió la cabeza.

— Dudais de lo que he referido? preguntó el prior.

— Muy lejos estoy de eso, respondió el incrédulo; pero creo poquisimo en fantasmas, y como todo eso podria muy bien encubrir algun nuevo enredo de don Felipe, seria de parecer, aguardando informes mas detallados, citarle por quebranto en los intereses de la congregacion por haberse hecho enterrar sin estar muerto.

Al dia siguiente, dejaron en la habitacion del portero del número 15 de la calle de Toledo una citacion concebida en estos términos: « El año 1835, á 18 de Noviembre, á petición de la venerable cofradía de los peregrinos, yo, el infrascrito, alguacil del tribunal civil de Nápoles, cité al difunto don Felipe Villani, fallecido el 15 del mismo mes, para que compareciese en el término de ocho dias ante el susodicho tribunal, para probar legalmente su muerte, ó en el caso contrario, será sentenciado á pagar á la dicha cofradía de los peregrinos cien ducados, como indemnizacion de daños y perjuicios, por haberse hecho enterrar sin estar muerto. »

El dia mismo en que se sustanciaba el proceso, era cuando nos habiamos hallado en medio de la afluencia de gente que esperaba en la calle Forcella la apertura del tribunal. Abierto este, se precipitó la multitud en la sala de audiencia, y nos arrojó en su impetu. Todos esperaban ver sentenciar al difunto por ausente en rebeldia; pero todos se engañaron: el difunto se presentó con gran admiracion de la numerosa concurrencia, que al verle

abrió paso y le dejó entrar, con un estremecimiento que probaba que los que la componian no tenían por muy cierto en el fondo de su corazón, que don Felipe Villani estuviese realmente en este mundo. Don Felipe se adelantó gravemente, y con ese paso solemne que conviene á las fantasmas; luego deteniéndose ante el tribunal, se inclinó con respeto.

— Señor presidente, dijo, no soy yo quien ha muerto, sino un amigo mio, en cuya casa me hospedaba, su viuda me ha encargado su entierro y funeral, y como en aquel momento tenia yo mas necesidad de dinero que de sepultura, he hecho le enterrasen en mi lugar. Ahora bien, ¿qué pide la venerable cofradía? Yo tenia derecho á un entierro y funeral: me ha enterrado. Mi nombre estaba en la lista: he rayado mi nombre; he vendido, pues, mis exequias.

En efecto, el pobre Lelio, que tanto habia hecho reir á los demás, acababa de morir de esplin, y á este habia sido á quien la venerable cofradía de los peregrinos habia enterrado en el sitio, y por don Felipe. Este fué absuelto libremente, con gran aplauso de la multitud, que le llevó en triunfo hasta el portal del número 15 de la calle de Toledo.

En el momento en que abandonamos á Nápoles, circulaba el rumor de que don Felipe Villani iba á terminar su carrera casándose con la viuda de su amigo, ó mas bien con sus tres mil libras esterlinas.

VII

GRAN GALA

Antes de abandonar las calles por donde se puede pasar, para conducir á nuestros lectores á las calles por donde no se pasa, digamos una palabra acerca del famoso teatro de San Carlos, sitio de cita para la aristocracia.

Cuando llegamos á Nápoles, todavía estaba muy reciente la muerte de Bellini, y á pesar del odio que divide á los sicilianos y napolitanos, habia producido una sensacion dolorosa, cualquiera que fuesen las opiniones en materia musical de los dilettanti; especialmente las señoras para quienes la música del jóven maestro parece escrita principalmente, y en cuya opinion tiene el odio nacional menos influencia; tenían casi todas en sus salones un retrato del *gentile maestro*, y era muy raro que una visita, por